

Capítulo 4

FORZZO

En Lucitera los días se extinguían con pereza. La tarde transformaba la luz en un manto naranja, y más tarde rojo. Los edificios se encendían, y la piel se suavizaba como el pellejo de un cachorro. Cada crepúsculo era un juego; bailaba iluminado entre los puntales y las tejas, y los perfiles de los vidrios, reptaba por la abertura del patio, llenaba las estancias de ocres y sombras y apaciguaba los sentidos.

Daniel participaba cada tarde de aquella coreografía. Acomodaba una butaca en el patio, cerraba los ojos y bebía despacio un café con la cara vuelta al cielo, sonriendo. La tarde del tercer día fue espléndida. El patio se llenó de aire templado y salitre. Después del café se acercó con sigilo a la habitación de Sonia, se apoyó en el quicio y observó.

Su hija se sentaba de espaldas a la puerta. Había una pequeña mesa y una silla de madera, ambas muy viejas. Tres días antes Daniel había puesto allí la máquina de escribir, y le había enseñado la colocación correcta de los dedos sobre el teclado. Desde entonces se había ejercitado a base de copiar noticias de un periódico viejo. Aunque aún le faltaba mucha práctica, el sonido de las teclas adquiría ritmo poco a poco.

– No tienes que aprender a escribir en dos días, ¿sabes? –dijo él, todavía apoyado en el marco.

Sonia se giró rápidamente, tal vez porque no esperaba una voz detrás de ella. Sonrió.

– Es que me gusta, me gusta mucho. Creo que nunca me has hecho un regalo mejor, papá, muchas gracias.

– De nada, hija, me alegro de que te guste, pero lo que quiero decir es que te pasas ahí casi todo el día. ¿No te apetece salir un poco?

No contestó enseguida. Sabía que probablemente su padre tendría planes para su estancia en el pueblo, seguramente pasar tiempo juntos y salir a caminar, algo que les gustaba mucho.

– Claro que me apetece, pero es que la máquina me ha hecho mucha ilusión, no la esperaba. Te prometo que a partir de mañana la cogeré nada más que un par de horas al día, ¿vale?

Daniel sonrió levemente y caminó hasta la cama, sentándose. Miró a Sonia a los ojos.

– Vale, pero sólo si tú quieres. A mí me gustaría que diéramos paseos juntos, pero no me voy a empeñar. Lo que ocurre es que sería una pena que no disfrutaras del pueblo. Cuando volvamos a casa podrás seguir practicando todo lo que quieras, pero en el pueblo sólo vamos a estar unas cuantas semanas, y sería mejor aprovecharlas.

– Lo sé. Tienes razón.

– Estupendo. De todas formas, ¿qué tal funciona la máquina? El empleado de la tienda me dijo que había que arreglar la letra “g”.

– Es verdad, sale un poco por debajo de las demás, y hace un ruido distinto al resto, pero es lo único que no funciona bien.

Daniel estiró el brazo y pulsó sucesivamente la “d”, luego la “f” y luego la “g”, que efectivamente hizo un ruido distinto a las otras dos. Sonia, sin embargo, protestó y le retuvo la mano para que no siguiera pulsando teclas.

– ¡Para! Me vas a estropear lo que estoy escribiendo...

– ¿Qué más da? Sólo son ejercicios...
– No, esto no. Es que he empezado a escribir un diario.

– ¿Un diario?

– Sí. Los artículos están bien para practicar, pero son muy aburridos, no entiendo nada, así que he empezado a escribir un diario.

– Pues no es mala idea. ¿Y qué has puesto? – preguntó él, echando un vistazo al folio que estaba en el tambor.

– ¡No puedes leerlo! Es personal, los diarios de los demás no se leen, ¿no lo sabes?

– Perdona, no me daba cuenta. Tienes razón, los diarios son una cosa muy íntima. Te prometo que no leeré nada. ¿Cuándo lo has empezado?

– Hace un rato. Es que ya puedo escribir un poco mejor, al principio se me metían los dedos entre las teclas y me hacían daño...

Daniel rió. Su hija era muy risueña, y pasaba de un pretendido enfado a la espontaneidad más inocente en un segundo.

– Bueno, eso es normal, a todos nos ha pasado, pero ya irás aprendiendo. En fin, escucha: voy a caminar un poco por el paseo del espigón, ¿quieres venir?

– Vale, pero primero termino unas cuantas frases. Tardo diez minutos.

– De acuerdo, me voy cambiando mientras tú acabas.

Daniel se levantó de la cama y salió de la habitación. Sonia volvió a ponerse frente a la máquina y continuó escribiendo, pulsando las teclas despacio.

Las vacaxiones sin mama son raras, y un poco tristes, pero no me quierp poner triste porque papa tenia muchas ganas de venir a este pueblo y no le quiero estropear las vaxaciones. No se si lo vamo a pasar bien, pero voy a intemtarlo. De momento lo mejor es la maquina, no xreo que sea la mas bonita

del mundo, pero a mí me lo parexe. La he llamado Bella, para que sea mi amiga.

Tardó casi quince minutos en terminar el párrafo. Tiró de la parte superior del folio para sacarlo, tal como le había enseñado su padre. El tambor sonó como una carraca. Cada vez que lo hacía pensaba que el folio iba a rasgarse, pero siempre salía entero. Releyó lo que había escrito. Estaba claro que tenía una seria confusión entre la ce y la equis. Así y todo se sintió orgullosa; al fin y al cabo sólo llevaba cuatro días aprendiendo.

Se quitó las zapatillas y se puso un calzado deportivo, avisó a su padre y salieron juntos de la casa. Callejearon por el camino habitual hasta la plaza, desde donde partía un paseo que discurría junto a la costa, de unos trescientos metros de largo. Al comienzo había un puesto ambulante de helados, imitando a los carritos antiguos, con dos tapas cónicas de metal. Sonia pidió uno de limón, y Daniel uno doble de fresa y menta.

Caminaron despacio hasta el final. De las últimas casas emergía un sendero que ascendía por las laderas suaves del extremo norte, las que habían visto desde el coche el día de su llegada.

– Es increíble que esos prados se mantengan tan verdes a pesar del sol que hace aquí, ¿verdad?

– No sé –dijo Sonia–, a lo mejor es que llueve mucho.

– No tiene mucha pinta de llover, la verdad... Quizá en primavera.

Siguieron el sendero con la vista, pero a partir de un punto ya no fueron capaces de distinguirlo. Parecía que la pendiente era bastante suave. Ascendía entre prados de un verde intenso, serpenteando, esquivando de vez en cuando grupos de pálidas rocas, acercándose y separándose por tramos del borde del acantilado, que también iba ganando altura.

– Parece bonito –opinó Daniel–, deberíamos averiguar dónde va. Seguramente sea una buena

excursión.

Desandaron el camino. El lugar se iba llenando de gente conforme avanzaba la tarde. Casi todos se apoyaban en la barandilla, dejando pasar el tiempo mientras el sol desaparecía con pereza. De vuelta en la plaza decidieron no volver aún a la casa. Caminaron hasta el extremo del espigón para esperar al último rayo de luz. En un lateral del dique descubrieron unas escaleras de piedra, junto a una rampa para botaduras. Al borde de la plataforma resistía el esqueleto herrumbriente de una grúa de polea, poco más alta que una persona. Saltaba a la vista que llevaba tiempo abandonada.

Daniel y Sonia alcanzaron el extremo del espigón, habitado sólo por un hombre. Vestía pantalones hasta la mitad de la pantorrilla, y la camisa abierta revelaba un pecho de pescador, tenso y moreno. Su cara eran sólo arrugas, y el pelo era escaso y blanco. Estaba sentado en el suelo, con las piernas separadas, y entre ellas una red que reparaba con paciencia. Daniel le dio las buenas tardes y se sentó algo más lejos, justo en el borde, permitiendo que las piernas colgaran sobre el agua. Sonia le imitó.

– Deben ustedes tener cuidado cuando hagan eso.

Daniel no estaba seguro de que se hubiera dirigido a ellos. El pescador mantenía la vista fija en el trabajo con la red, pero no había nadie más alrededor. Tal vez fuera únicamente la desconfianza de un habitante del pueblo hacia un visitante.

– Perdón, ¿nos está hablando a nosotros? – preguntó, sintiéndose algo ridículo porque era evidente que no había nadie más.

El hombre no contestó enseguida. Levantó la vista unos segundos de la red, sin que sus dedos cesaran de trabajar con la aguja. Despuésladeó un poco una de las comisuras de la boca y volvió a bajar la vista.

– Sí, les hablo a ustedes. Les decía que deben tener cuidado cuando hagan eso.

Daniel y Sonia se miraron sin comprender.

– ¿A qué se refiere? –preguntó Daniel.

– Al mar, y al borde del espigón. Deben tener cuidado cuando se sienten en el borde. El mar aquí es traicionero.

Padre e hija observaron el mar. No podía estar más tranquilo.

– Ya sé lo que están pensando –dijo el hombre, sin darles oportunidad a opinar–. Pero créanme, no pueden fiarse ni tanto así. Deben tener la vista fija en el mar, porque puede cambiar en un momento. He visto a más de uno ahí de pie y al segundo siguiente desaparecer.

Daniel no quería parecer descortés ni mostrar suficiencia, pero le costaba creer lo que le contaba el hombre.

– ¿En serio? ¿Y cómo es posible?

El pescador hizo un movimiento de cabeza, como dando a entender que el motivo era obvio.

– Es por la isla.

– ¿Por Lumia?

– La isla del faro, sí. Produce corrientes y contracorrientes. La mayor parte del tiempo el mar está tranquilo, pero de vez en cuando el reflujó de la marea se encuentra con una onda, con una corriente de temperatura distinta, o con vaya usted a saber qué, y se origina un golpe de agua que viaja deprisa y que no forma una ola hasta que está a cuatro o cinco metros del borde. Y entonces ya es demasiado tarde.

– Pero... si es tan peligroso usted tampoco debería estar ahí...

El pescador levantó la vista de nuevo y volvió a dirigirles la misma media sonrisa, entre compasiva y burlona. En ningún momento sus dedos dejaron de utilizar la aguja.

– Yo conozco este mar, amigo. Demasiado bien.

Volvió a bajar la vista.

– Claro, no quería decir lo contrario.

Sonia y Daniel se miraron. Ella tenía una sonrisa traviesa en los labios. Su padre se encogió de hombros y

negó con la cabeza. Quizá había ofendido al pescador, o quizá el pescador había decidido ofenderse –la suspicacia frente a un visitante no le hubiera sorprendido–, pero en cualquier caso no sabía qué replicarle.

Sonia se echó un poco hacia atrás, para ver mejor al hombre.

– Perdone, señor, a lo mejor puede ayudarnos con una cosa –dijo ella.

Esta vez el hombre no levantó la vista, se limitó a hablar mientras seguía reparando la red.

– Claro, no faltaba más, ¿qué cosa es?

– Hemos visto un sendero que sube a los prados, cerca del acantilado. Parece un paseo bonito, y habíamos pensado en recorrerlo mañana.

– Si lo hacen también deben tener cuidado.

El hombre no dijo nada más. Se daba importancia insinuando cosas que después no aclaraba. Ya habían sufrido la misma socarronería de otros habitantes del pueblo.

Sonia miró a su padre, que volvió a encogerse de hombros. Asintió en silencio, con cara de fastidio.

– ¿Es que es peligroso? –preguntó ella.

– Podría serlo, depende de dónde vayan.

El hombre volvió a guardar silencio. Resultaba exasperante ver cómo le gustaba mantenerlos en vilo.

– No sabemos a qué se refiere, *señor* –dijo Daniel, haciendo énfasis en su tono irónico–, no conocemos la zona, por eso le estamos preguntando. ¿Podría ayudarnos diciéndonos qué zonas son peligrosas y cuáles no?

– Si yo fuera ustedes no subiría hasta Terracal, me conformaría con subir hasta la casa de Rufo. – Como ya había hecho anteriormente, no se molestó en levantar la vista mientras hablaba con ellos.

Sonia estaba a punto de preguntar qué era Terracal, y quién era Rufo, cuando su padre le hizo una seña con la mano y le indicó que se levantara.

– De acuerdo, gracias por la información –dijo Daniel, sin mirarlo.

Padre e hija se pusieron en pie y comenzaron a caminar en dirección a la plaza. Apenas habían dado unos pasos cuando escucharon de nuevo la voz del pescador.

– No saben de qué estoy hablando, ¿verdad?

Daniel se giró para mirarlo. Sonia se paró a su lado, dejando que el cuerpo de su padre se interpusiera un poco entre ella y el hermético pescador. Pasaron unos segundos mudos en los que el hombre continuó con la vista clavada en la urdimbre de la red, y sin que su padre hiciera el menor gesto.

– Ya lo averiguaremos –aseguró al fin Daniel. Dio media vuelta y puso su mano derecha sobre el hombro de Sonia.

– Terracal es un acantilado hermoso –dijo la voz del pescador, cuando ellos ya le daban la espalda–. Alto, muy alto. Difícil encontrar otro igual.

Daniel se detuvo de nuevo. Miró a Sonia y le guiñó uno ojo. Dio la vuelta y miró de frente al pescador.

– Si recorren el sendero hasta el final llegarán al acantilado –aseguró el hombre, ahora con la vista fija en ellos–, pero no recomiendo que lo hagan. Aquí el clima cambia con mucha rapidez y podría haber problemas.– Como era su costumbre, el hombre no dio detalles de qué quería decir. Luego prosiguió explicando: – A unos veinte o veinticinco minutos andando desde el pueblo encontrarán un pequeño llano, como un pequeño páramo. Deténganse ahí y miren hacia el pueblo, les gustará la vista. Además, con un poco de suerte se encontrarán con Rufo. Vive solo allá arriba. Se le ha ido la cabeza, pero es un buen hombre, y totalmente inofensivo. Se alegrará de que le den un poco de conversación.

Daniel calló. No confiaba en el pescador. Memorizó la información, pero decidió no creerla hasta que Jonás o algún otro se la confirmase. Iba a dar las gracias al hombre –un agradecimiento que, en realidad, no sentía– cuando Sonia se le adelantó.

– ¿Qué ha querido decir con eso de que “podría

haber problemas”? –preguntó ella.

El hombre no dijo nada durante unos segundos. Enseguida volvió a hablar sin levantar la vista, y sin dejar de trabajar en la red. Dijo una única palabra:

– Forzzo.

Padre e hija se miraron sin comprender. El nombre pronunciado por el pescador resistió en el aire unos segundos.

– Perdón, ¿qué ha dicho?

El hombre detuvo sus manos. Levantó la vista y habló, mirando alternativamente a Daniel y a Sonia.

– Ustedes son los que se están alojando en casa de Jonás, ¿verdad?

– Sí, así es.

– Y por supuesto ese viejo chalado no les ha contado nada, ¿me equivoco?

Daniel abrió las manos y negó con la cabeza.

– ¿Contado nada sobre qué?

– Sobre el Forzzo.

– No, no nos ha contado nada. ¿Quién es Forzzo?

– Vejestorio inútil... siempre el mismo.

El pescador calló unos segundos. Miró al mar, como si en él flotasen las palabras que necesitaba.

– No se trata de quién, sino de qué. Forzzo es el viento más terrible que puede conocer una persona. No hay peor miedo que una visita de un Forzzo, ni fuerza más imparable. Cuando viene un Forzzo la tierra se echa a temblar. Cuando viene un Forzzo no hay nada que hacer.

El hombre se quedó obsevando el mar, como si escuchase algo sólo para él.

Sonia y Daniel se miraron en silencio. No sabían qué pensar.

– La verdad... –dijo Daniel, un poco inseguro–, jamás escuché hablar del Forzzo, nunca he oído algo así en las noticias, ni lo he leído en los periódicos. ¿Está... está seguro?

El pescador le miró directamente a los ojos.

Entrecerró un poco los párpados y apretó los labios, apenas perceptiblemente.

– No voy a intentar convencerle de nada, *señor*, puede usted creerme o no. Seguramente no ha escuchado hablar nunca del Forzzo, es cierto, pero eso se debe a que, afortunadamente, es raro que aparezca. A veces tarda cientos de años en volver, pero cuando lo hace... créame, uno sólo puede esconderse, tener fe... y confiar en la suerte.

Mientras el pescador hablaba fue bajando la mirada hacia sus manos, que soltaron la aguja y la red. El hombre observó sus palmas encallecidas y vacías, y luego volvió a dirigir la vista al mar. Daniel y Sonia le habían escuchado sin interrumpirle. En las palabras del hombre no había enojo, ni miedo, sino únicamente una paradójica e inexplicable tranquilidad.

Daniel quiso saber más.

– Pero, ¿cómo lo sabe? Quiero decir, si tarda cientos de años en volver, ¿cómo sabe usted eso?

El hombre sonrió de nuevo de medio lado. Volvió a coger la aguja y la red y retomó su trabajo de reparación, sin mirarles más que de cuando en cuando, levantando los ojos un segundo y de nuevo llevándolos a su labor.

– Todos en Lucitera lo sabemos. Los padres contamos la historia a nuestros hijos, y ellos harán lo mismo con nuestros nietos. Así ellos sabrán que el pueblo ha sido atacado muchas veces por el Forzzo, y que cada vez hubo casas destruidas, y personas de las que nunca se volvió a saber, o habitantes que perdieron la razón tras pasar horas escondidos en un refugio sin escuchar otra cosa que un aullido enloquecedor, sabiendo que en cualquier momento el viento podía romper las cerraduras y arrastrarlos hacia el exterior.

Daniel y Sonia seguían sin pronunciar palabra. El hombre estaba haciendo aquella revelación con una honda seguridad, pero lo que les contaba era simplemente increíble.

– Usted comprenderá que a los lucíferos no nos

guste mucho hablar de esto –prosiguió el pescador–; demasiadas veces nos han tomado por locos o por ingenuos, así que preferimos guardarnos este conocimiento, y estar preparados.

– Verá –dijo Daniel, ahora verdaderamente intrigado–, hay una cosa que no entiendo. Si el Forzzo es tan destructivo, ¿cómo ha llegado la historia hasta nosotros, quiero decir... hasta ustedes? Es decir, si el Forzzo es lo que usted dice, no debería haber sobrevivido nadie para contarle, y tampoco debería quedar nada del pueblo.

El hombre chasqueó la lengua, e hizo un leve gesto con la cabeza.

– No me cree usted, sabía que no me creería. Pero me da igual, la verdad es la verdad aunque no se quiera ver. Mire usted alrededor suyo, señor, ¿no hay nada que le llame la atención?

Daniel y Sonia miraron en torno suyo. No comprendían las palabras el pescador.

– ¿A qué se refiere? –preguntó Sonia.

– Al pueblo, niña, me refiero al pueblo, ¿no ven nada curioso?

Padre e hija volvieron a mirar hacia el pueblo, y también se miraron entre ellos, pero tuvieron que negar con la cabeza.

– No entiendo dónde quiere llegar –le aseguró Daniel.

– Claro que no, porque no llevan aquí el tiempo suficiente y no nos conocen, pero seguro que se han fijado en que hay muchas casas de piedra.

– Por supuesto –aseguró Daniel–, es una de las rasgos más bonitos del pueblo. Las piedras de las casas parecen del mismo material que los acantilados y las laderas que vimos desde la carretera.

– Lo son. Pero, ¿no se han fijado en que hay muchas casas *nuevas* que son de piedra, como las antiguas?

Sonia y Daniel miraron en dirección al pueblo.

Resultaba difícil distinguir unas de otras, pero era cierto que pequeños signos delataban una casa antigua frente a las de nueva construcción, como el musgo y las hierbas en las piedras, o el leve abombamiento de algunas paredes. El pescador siguió hablando.

– Los lucíteros siempre hemos hecho las casas de piedra, son las únicas que resisten al viento cuando ataca. Han venido personas de fuera intentando atraer a turistas, y han hecho construcciones nuevas, de bloques ligeros y delgados, o incluso de madera. Les hemos intentado convencer, pero no nos han hecho caso. Si llega un Forzzo –y rezo para que no llegue– tendremos que protegerles nosotros. Sus construcciones no resistirán.

– ¿Y qué harán? Quiero decir, ¿cómo podrán protegerles, cómo se protegerán ustedes mismos?

– Nuestras casas tienen refugios, cerrados por puertas muy pesadas. Hay cientos en el pueblo, todos subterráneos, y siempre lo tenemos abastecidos de lo necesario para pasar dentro uno o dos días. Un Forzzo nunca ha soplado más de treinta o cuarenta horas seguidas. También está la biblioteca; es suficientemente recia y las puertas son muy fuertes.

Daniel y Sonia se miraron sin poder creer lo que escuchaban.

– ¿Me está diciendo –preguntó Daniel, sin disimular ahora su asombro– que por si acaso aparece un viento del que no han tenido noticia en cientos de años mantienen *siempre* abastecido un refugio subterráneo?

El pescador volvió a chasquear la lengua y sonrió, sin dejar de trabajar.

– Sabía que no lo creería...

– Bueno, comprenda usted que...

– Lo comprendo, señor, lo comprendo. Verá, a mi me da igual que usted me crea o no. Lo único importante es que me escuchen y me hagan caso: no vayan al acantilado.

– El acantilado, ¡lo había olvidado! ¿Tiene usted miedo de que si comienza el viento no nos dé tiempo de

volver al pueblo?

El hombre detuvo un momento su labor y volvió a levantar la vista, directamente a los ojos de Daniel.

– Yo no tengo miedo de nada. Debería ser *usted* quien lo tuviese: cuando Forzzo empieza lo hace de repente, casi sin avisar, apenas unos cuantos indicios, el mar enloquece, los pájaros se asustan, poco más... y enseguida se desencadena el infierno.

La conversación se interrumpió una vez más. Daniel miró a Sonia y se encogió de hombros. Ella no supo interpretar el gesto; quizá quería decir que se había quedado sin preguntas, o quizá revelaba una cierta decepción al descubrir que tendrían que quitarse de la cabeza la excursión que habían empezado a planear. Se vio entonces asaltada por una idea, y habló sin pensar lo que decía.

– Sin embargo usted lo ha visto.

El pescador miró a Sonia con ojos aplastantes, pero no pronunció palabra.

– Ha dicho que Terracal es hermoso, y que quizá sea el acantilado más alto que exista. No parece que se lo hayan contado. Yo creo que usted ha estado allí.

El hombre le sostuvo la mirada a Sonia que, intimidada, buscó refugio mirando a su padre y alargando apenas el brazo para rozarle le mano. El hombre suavizó el gesto y volvió una vez más a su aguja y a su red.

– Una vez al año subimos a recoger higos, con el verano ya empezado. Vamos unos pocos, diez o quince como mucho. Pero nosotros somos de aquí, conocemos las nubes, y las olas, y las costumbres de las aves. Sabemos cuándo se puede subir y cuándo no, a diferencia de ustedes.

Daniel cogió la mano de su hija y le dio dos palmaditas. Sonrió. Luego miró hacia el horizonte, tras el que el sol terminaba de esconderse. El pescador había empezado a recoger sus aparejos.

– Señor, no se tome a mal nuestras preguntas –dijo Daniel, tratando de resultar conciliador, y viendo que el

hombre se estaba poniendo en pie-. Comprenda que no sabíamos nada. Es una historia difícil de creer.

El pescador echó los aperos dentro de un cubo de goma. Lo balanceó para coger impulso y lo cargó sobre el hombro derecho.

- Háganme caso: no suban -fue todo cuanto dijo.

Empezó a caminar, alejándose de ellos. Sin embargo, apenas había dado dos pasos cuando Sonia volvió a hablarle.

- Señor, disculpe...

El hombre se giró para mirarles.

- ¿Ha dicho usted que todas las casas tienen un refugio?

- Todos los lucíferos hacemos nuestras casas con un refugio, sí, ¿por qué?

Sonia dudó un momento, miró a su padre y enseguida volvió a mirar al pescador, a quien tenía miedo de contradecir.

- Nuestra casa... la casa donde nos estamos quedando... no lo tiene.

Daniel sonrió levemente. No había caído en la cuenta de ese detalle, igual que tampoco había sabido intuir que el pescador conocía el sendero y el acantilado. Se sentía orgulloso de las dotes de observación de su hija, que estaba a punto de desmontar con una sola apreciación la historia del hombre.

Sin embargo, el comentario del pescador no fue el que Daniel esperaba.

-Ese chalado de Jonás no les habrá dicho dónde está -dijo sonriendo con cierta malicia-, pero les aseguro que la casa tiene un refugio, como las demás.